

ELECCIONES MEXICANAS: LO QUE YA SE SABE

José María Tortosa*

Catedrático de Sociología, Instituto Universitario de Desarrollo Social y Paz,
Universidad de Alicante

El 2 de julio de 2006 los ciudadanos mexicanos votaron para elegir a quien será su Presidente durante el periodo 2006-2012. De un censo de 71 millones de electores, votó el 60 por ciento. Los primeros recuentos preliminares dados a conocer por el Instituto Federal Electoral (IFE), que es el encargado de organizar los procesos electorales generales, dieron la victoria al candidato oficialista del Partido Acción Nacional (PAN), Felipe Calderón, seguido a muy corta distancia por Andrés Manuel López Obrador, candidato de la Alianza por el Bien de Todos formada por el Partido de la Revolución Democrática (PRD), el Partido del Trabajo (PT) y Convergencia. Finalmente, el Partido Revolucionario Institucional (PRI), que detentó el poder durante 70 años, quedó en tercer lugar y muy alejado de los dos primeros. Los recuentos posteriores, todos preliminares, redujeron la diferencia entre los dos primeros contendientes.

A primera vista, estaríamos frente a una contienda muy reñida, parecida a las últimas presidenciales estadounidenses o a las últimas generales italianas. Pero también ante un escenario alentador para una sociedad que por muchas décadas vivió con la certeza de que votar y no hacerlo era la misma cosa, pues siempre ganaban los mismos.

Estas elecciones fueron precedidas por fuertes luchas dentro de cada partido para elegir a su candidato. En el PRI, Roberto Madrazo Pintado surge como

* Autor de *Democracia made in USA. Un modelo político en cuestión*, Barcelona, Icaria, 2004 y de *Problemas para la paz hoy: El aporte de los Estados Unidos*, Universidad Autónoma del Estado de México, 2005.

candidato en un proceso que divide aún más a su partido y en el que los viejos hábitos, los escándalos por corrupción de sus precandidatos y los errores de los años recientes le acaban impidiendo ser alternativa.

En el gobernante PAN, Calderón surge como candidato en un proceso donde entra con pocas posibilidades de serlo tras el veto del presidente Vicente Fox, quien ya antes le había apartado de su equipo de gobierno, como ministro de Energía, por “destaparse” como precandidato e iniciar sin el visto bueno presidencial su precampaña.

Por su parte, en el PRD la elección de López Obrador tampoco estuvo libre de conflictos internos. Al ser nombrado candidato quien entonces era el Jefe de Gobierno de Distrito Federal, tomaría el lugar del fundador del partido y tres veces candidato a la Presidencia de la República por el PRD, Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano.

La campaña electoral arrancó con uno de los candidatos, López Obrador, como vencedor más probable. Su ventaja, hasta los primeros meses de 2006, parecía inamovible, sobre todo cuando se pensaba que ya había resistido todo cuanto los otros partidos y el propio gobierno habían hecho para apartarle de la lucha electoral y que fue mucho.

Los ataques contra el candidato López Obrador fueron intensos y subieron de tono en el último tramo. El presidente Fox no cesó en su empeño de hacer proselitismo a favor del candidato de su partido y las principales televisiones y muchas estaciones de radio se sumaron abiertamente a la campaña a favor del candidato oficial.

López Obrador reaccionó contraatacando con las mismas armas y, al finalizar el último debate entre candidatos, acusó al cuñado de Calderón de tener intervenidos los sistemas informáticos del IFE a través de sus empresas de informática. Las consecuencias de este anuncio y las pruebas de contratos millonarios a favor del hermano de la esposa del candidato del PAN (el cuñado

incómodo), removieron el apoyo montado para favorecer al candidato oficial y se desactivó su campaña de *“yo tengo las manos limpias”*.

De esta forma, la tónica de la campaña no fue la de la discusión de los grandes problemas nacionales sino el juego sucio, al tiempo que se sumaba a ellos uno que parecía resuelto: el de la duda sobre lo limpias que podían ser las elecciones.

En la noche del 2 de julio algunos periodistas de la prensa escrita habían advertido que a la casa presidencial y a las dos grandes estaciones de televisión estaban llegando encuestas cuyos resultados anunciaban una elección muy reñida, o que daban mayores posibilidades de triunfo al candidato López Obrador. En ese contexto, el IFE, cuyos recuentos confirmaban lo dicho, instrumentó una estrategia informativa que en México se calificó, cuando menos, de torpe. Pero para quienes votaron por López Obrador, lo único que se vio fue mala fe y manipulación.

Por ello, en el primer recuento de daños, el IFE queda como un claro perdedor, y ésa no es una buena noticia. Mucho esfuerzo les costó a los mexicanos tener una institución autónoma e imparcial que organizara y vigilara los procesos electorales, para que en su primera prueba de fuego se haya desmoronado. Su mala estrategia informativa, las sospechas que ya había despertado la ingerencia de un familiar del candidato Calderón en sus sistemas, las dudas sobre la autonomía del Instituto respecto al poder presidencial y el propio origen político del Consejero Presidente, terminaron por ser el desastre que no han podido evitar ni las televisiones ni la propia campaña publicitaria del IFE para limpiar su imagen. La crisis del IFE es una mala cosa, pero peor se puede poner si sigue sus pasos la autoridad electoral que califica la elección y que debe nombrar al futuro presidente antes del 6 de septiembre, el Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación (TRIFE).

Independientemente del resultado y los cálculos que se hacen en un sentido y otro para demostrar quién tiene razón, el daño está hecho. Sea quien sea el candidato que el TRIFE nombre ganador, lo será porque eso es lo que establece la legislación electoral mexicana. No hay duda de que el ganador lo será en las

elecciones más reñidas de la historia reciente de México, pero también en aquellas donde se creyó percibir mejor un intento de fraude por parte de los centros de poder. A favor de los mexicanos hay que añadir que la reacción cívica ha sido más clara y contundente que la que han tenido los estadounidenses después de las elecciones presidenciales de 2000 y 2004 y su posible fraude al que se ha vuelto a referir recientemente Robert Kennedy Jr. entre otros.

Está claro que la clase gobernante mexicana no ha estado a la altura de una sociedad que pacientemente le ha ido dando oportunidades. Pero los intereses de los patrocinadores y simpatizantes del proyecto privatizador del candidato oficial podrían pesar más que la voluntad de respetar los resultados electorales. El petróleo, el agua, la generación y comercialización de energía eléctrica y el control de las aduanas y de las fronteras mexicanas representan una riqueza que puede opacar las aspiraciones democráticas, en una reedición del “*business politics*” de sus vecinos del Norte.

Cualquiera que sea la decisión final de las autoridades electorales, pondrá a prueba la madurez política de los contendientes. Si la decisión final del TRIFE fuera que el candidato del PAN es el ganador, muchos mexicanos pensarán que el viejo régimen no ha muerto. El PRI tal vez sólo atine entonces a vender lo más caro posible sus favores al PAN, con lo que se asegurarían nuevas derrotas electorales y reforzarán las bases para su extinción.

En este escenario, que es el más probable, el PRD y su candidato tendrían que iniciar la reconstrucción de un proyecto de verdadera oposición, con claridad y con la mayor sensibilidad para manejar el capital político que esta derrota, dadas las condiciones en que se da, les ha proporcionado. Si en un poco probable golpe de timón las circunstancias se invirtieran, el PAN tendría que hacer lo mismo.

Pero, finalmente, lo más importante no está en el modo de actuar de las cúpulas políticas que, a la postre, sea cual sea el resultado, sabrán reacomodarse. Lo verdaderamente interesante está en la gestión de la crisis y lo que esto afecta a la sociedad.

De momento, los medios más influyentes y los portavoces del PAN, llaman incitación a la violencia a que la gente manifieste su disconformidad con la gestión del proceso electoral. Pero no llaman violencia a las demostraciones de fuerza del crimen organizado, a la pobreza ni a que, sólo durante los cinco años del gobierno de Fox, cerca de cuatro millones de mexicanos han emigrado. Para esos medios no es violencia su campaña desinformativa, ni sus esfuerzos para alentar a la gente a que acepte que el candidato oficial ganó las elecciones aun cuando ni los plazos legales ni las instancias formales se han agotado. Pretenden ignorar que en México no se ha olvidado “la caída del sistema” que originó el probable fraude electoral de 1988 que llevó a la Presidencia de la República a Carlos Salinas de Gortari frente a Cuauhtémoc Cárdenas.

En México y en cualquier democracia pedir que sea transparente una elección no puede ser delito, pero preocupantemente se está convirtiendo en un motivo para crear un clima de crispación, polarización, de provocaciones y de desmoralización. En este contexto, y sea quien sea el declarado como ganador, algunas cosas ya han quedado claras sobre la cultura política democrática y sobre las élites políticas mexicanas. Otras no tanto, como el sentido de la “otra campaña” propugnada por los zapatistas. Quedan, pues, muchos temas abiertos.

México D.F. - Alicante, julio de 2006